

Peñafiel



Peñafiel

A JOSE Y FELICIDAD

mis padres

Fotos: CLISOS

Índice

	Pág.
Presentación	5
<i>Historia</i>	7
Ayer	9
<i>Personajes</i>	13
El «Niño»	15
El pobre Nicolás	17
El Pregonero	19
La mujer de la estación	21
Sor Providencia	23
Los magos del asado	25
<i>Costumbres</i>	27
Los quintos	29
La Nona	31
Los conciertos del domingo	33
Las que juegan a las cartas	35
De guardia en las bodegas	37
Los mercados de los jueves	39
<i>Fiestas</i>	41
La fiesta del Angel	43
La Virgen y san Roque	45
<i>Las Calles</i>	49
<i>Monumentos</i>	51
San Pablo	53
El Castillo	55
<i>Paisajes</i>	57
<i>Ruinas</i>	59
Las murallas	61
San Francisco	62
El Salvador	63

Presentación

Era un viejo turista inglés. Desgarbado, alto, ausente. Llegó a Peñafiel durante la Semana Santa. Se coló por la puerta de la iglesia pasionista de san Pablo. Sacó fotografías desde todos los ángulos, en la capilla del Príncipe, y, al despedirse, nos dijo, muy correcto, muy fino, muy inglés: «No saben ustedes lo que tienen...»

De acuerdo, míster. Eso sucede, sobre todo, aquí. Ya alguien de casa nos dijo: «Castilla hace la epopeya, pero no la canta.»

Tienen que venir de fuera los degustadores de nuestro arte, de nuestro vino o de nuestro pan. Aquí, después de hacer las cosas, casi nos da vergüenza haberlas hecho tan bien.

Pero sigan ustedes viniendo, señores turistas, desde cualquier lado. Hay mucho que ver y admirar en Peñafiel. Y es verdad que nosotros no sabemos lo que tenemos. Pero ustedes, tampoco.

Para remediar tamaña desventura escribió estas páginas

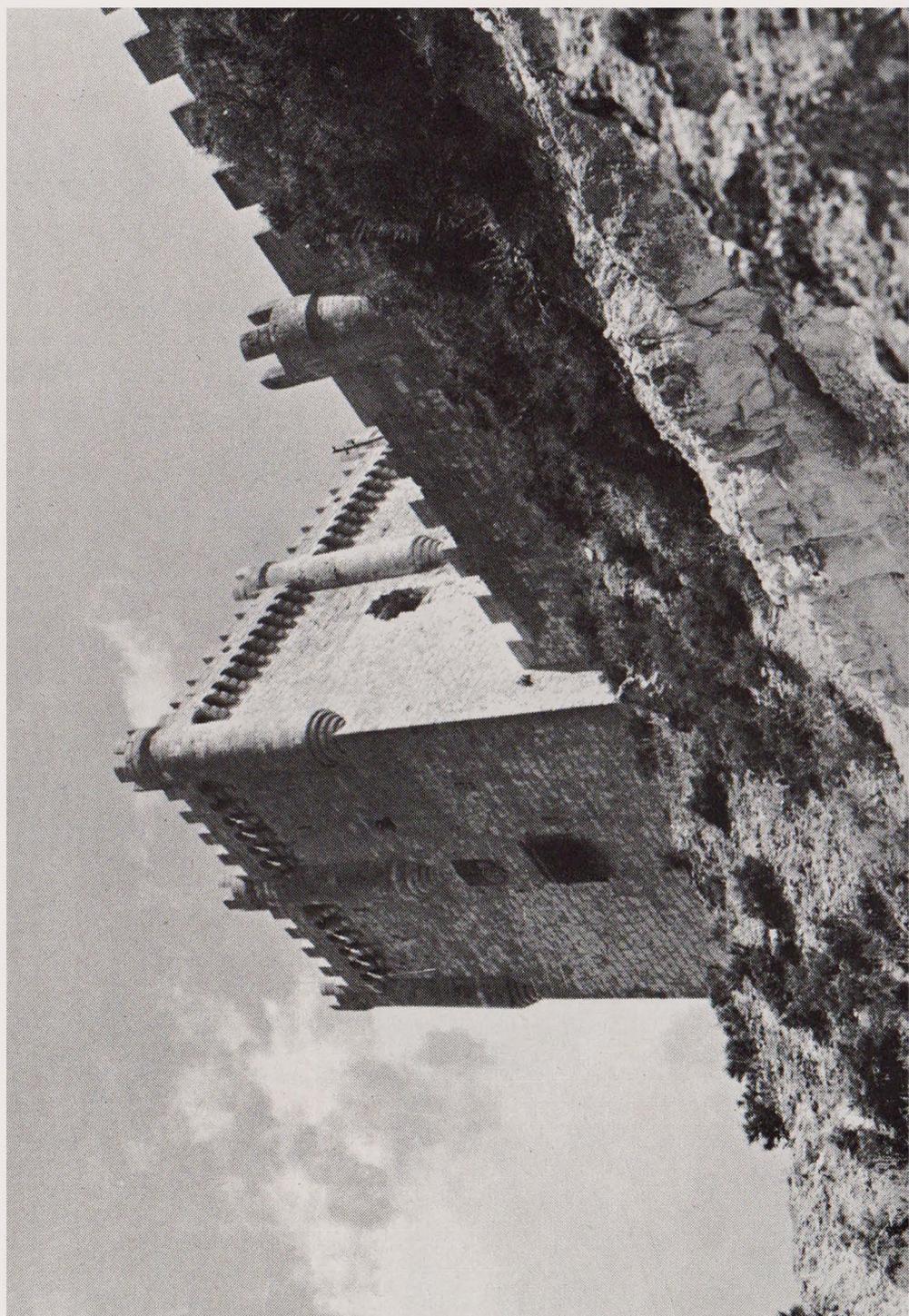
el Autor



Historia

No seamos demasiado profundos al analizar la historia, porque, a menudo, las causas son totalmente superficiales.

(R. W. Emerson.)



Se supone que la Humanidad cuenta 250.000 años. Ya quedó anticuada la teoría de Ussher, arzobispo de Armagh, quien calculó, a comienzos del siglo XVII, basándose en las Sagradas Escrituras, que la Tierra se había creado en el año 4004 antes de Jesucristo.

El doctor John Lightfoot, vicerrector de la Universidad de Cambridge, fue más explícito. Hacia 1642 escribía: «El hombre fue creado por la Trinidad el 23 de octubre del año 4004 antes de Jesucristo, a las nueve en punto de la mañana.» Con fino humor inglés, Glyn Daniel opina que Lightfoot tal vez se dejó llevar por sus prejuicios de vicerrector de universidad, al señalar tal hora y tal mes de la creación.

Somos más viejos.

Pero si hoy los sabios opinan que ya hay vida en la Tierra desde hace dos o tres mil millones de años, el hombre acaba de llegar.

Ayer mismo se refugiaban unos hombres en Santander, y en las cuevas de Altamira dibujaban toros, bisontes, etc. Corría, más o menos, el año 5000 antes de nuestra Era.

Ayer (3500 años antes de Jesucristo) los hombres trabajaban ya el bronce.

Ayer los iberos creaban la dama de Elche, 1000 años antes de Cristo.

Los fenicios, los cartagineses, los romanos, moros y judíos acaban de pasar por Peñafiel. Alguien, junto a la confluencia de los ríos Duero y Duratón, pudo escribir lo que se lee en un mojón militar de Tobruk: «¡Procura que el desierto no crezca!» Plantó una casa y creció un pueblo.

Históricamente, la fundación de Peñafiel se atribuye a Ruy Laínez, hijo de Lain Calvo, en 947.

Casi cincuenta años después, Peñafiel pasó a po-

der de los moros. Luego —en 1013— dependió de los castellanos, quienes levantaron el castillo que hoy se conserva y las murallas que están a punto de desaparecer.

Más tarde, Alí vino sobre Peñafiel, y aunque las aguas del Duratón se volvieron rojas por la abundancia de sangre que tiñó el río, no pudo Alí adueñarse de la villa. Y aquí ya no hubo, desde entonces, moros en la costa.

Hubo judíos. Aún existe el barrio de la Judería.

Se dieron mil y una batallas a favor y en contra de los reyes.

Aquí se encarceló a Doña Urraca.

Aquí se celebró un Concilio provincial, presidido por el Arzobispo de Toledo. En él, los padres conciliares (año 1302) abogaron por la inmunidad eclesiástica, por una vida menos frívola en los clérigos y por el derecho de bienes que moros y judíos pudieran conservar, al hacerse cristianos.

Aquí tenía su palacio (y aún quedan restos) el rey Sabio, Alfonso X. Aquí, su sobrino, el infante Don Juan Manuel, dejó copia de cuantas obras compuso: «Et estos libros están en el monasterio de los frailes predicadores que él fizo en Peñafiel».

El primer duque de Peñafiel se llamó Don Fernando, hijo del rey Don Juan. Se casó con Doña Leonor de Alburquerque. Tuvieron cinco hijos y dos hijas. Aquellos tan famosos, que la Historia les conoce por los infantes de Aragón. Son los mismos de quienes, apenas un siglo más tarde, diría Jorge Manrique:

*Los infantes de Aragón,
¿qué se hicieron?
¿Qué fue de tanto galán?
¿Qué fue de tanta invención
como trajeron?*

Peñafiel perteneció a don Alvaro de Luna. Y en 1447 el príncipe Don Enrique vendió Langayo, Manzanillo, Canalejas, La Torre, Fompedraza y Aldeayuso, villas que anteriormente estaban sujetas a Peñafiel.

En el año 1465 el marqués de Villena vendió esta villa a don Alfonso Téllez Girón. El rey Felipe III la erigió en Marquesado, y parece haber sido don Pedro Téllez Girón su primer marqués.

Posiblemente el último huésped ilustre que albergó el castillo de Peñafiel fue don Pedro Girón. Era en la época de las Comunidades de Castilla. Don Pedro prefirió darse por vencido antes de tiempo. Abandonó las tropas populares, y se encerró en el célebre castillo. Luego su nombre se pierde en el olvido, mientras adquieren inmortal memoria los de Padilla, Bravo y Maldonado.

A partir de estas fechas finaliza la más brillante historia de un pueblo que nació para el combate, y enmudece cuando no hay motivo para seguir luchando.

Todavía afirma Madoz en su célebre Diccionario de España: «El día 25 de julio de 1836, los carlistas Basilio, Cuevillas y Balmaseda entraron en Peñafiel con 1.100 infantes y 80 caballos, y se llevaron 120 mozos.»

En la fachada principal de la iglesia de San Miguel hay una lista de hombres que murieron por España durante la Cruzada. Peñafiel cierra con esta última página su gloriosa historia. Una historia que, indefectiblemente, continuará.



Personajes



El Niño

Adonde se inclina el corazón, allí se inclina el pie.

(Proverbio árabe.)

Todos los años, por san Fermín, se marchaba a Pamplona. Era el *enviado especial* que los de Peñafiel desplazaban allí.

«El Niño» salía ya de casa de punta en blanco: al cuello, el pañuelico rojo; roja la banda, roja la boina y rojas las cintas de las alpargatas.

De vuelta, podía sentenciar, infalible, acerca de los encierros. El lo había aprendido todo en la calle de la Estafeta.

¡Qué grande de alma y cuerpo fue este hombrón, a quien hubo que apodarar «el Niño» para rebajarlo un poco!

Ahora se va encorvando lentamente. Ya no ha vuelto a Pamplona. Se anuda al cuello el pañuelo rojo por las fiestas de san Roque, pero sólo para andar por casa.

Fue toda una figura en Peñafiel. Le echan de menos en Pamplona.

Para que nunca le perdamos aquí, yo he pretendido inmortalizar su recuerdo.



El pobre Nicolás

No envidio a los que saben más que yo, pero me compadezco de quienes saben menos.

(T. Browne.)

Hay un bar en la plaza de España con un hombre misterioso dentro. Es el dueño. Tiene el corazón y la cabeza grandes. Se cubre con una boina familiar, y los dedos se le vuelven duendes.

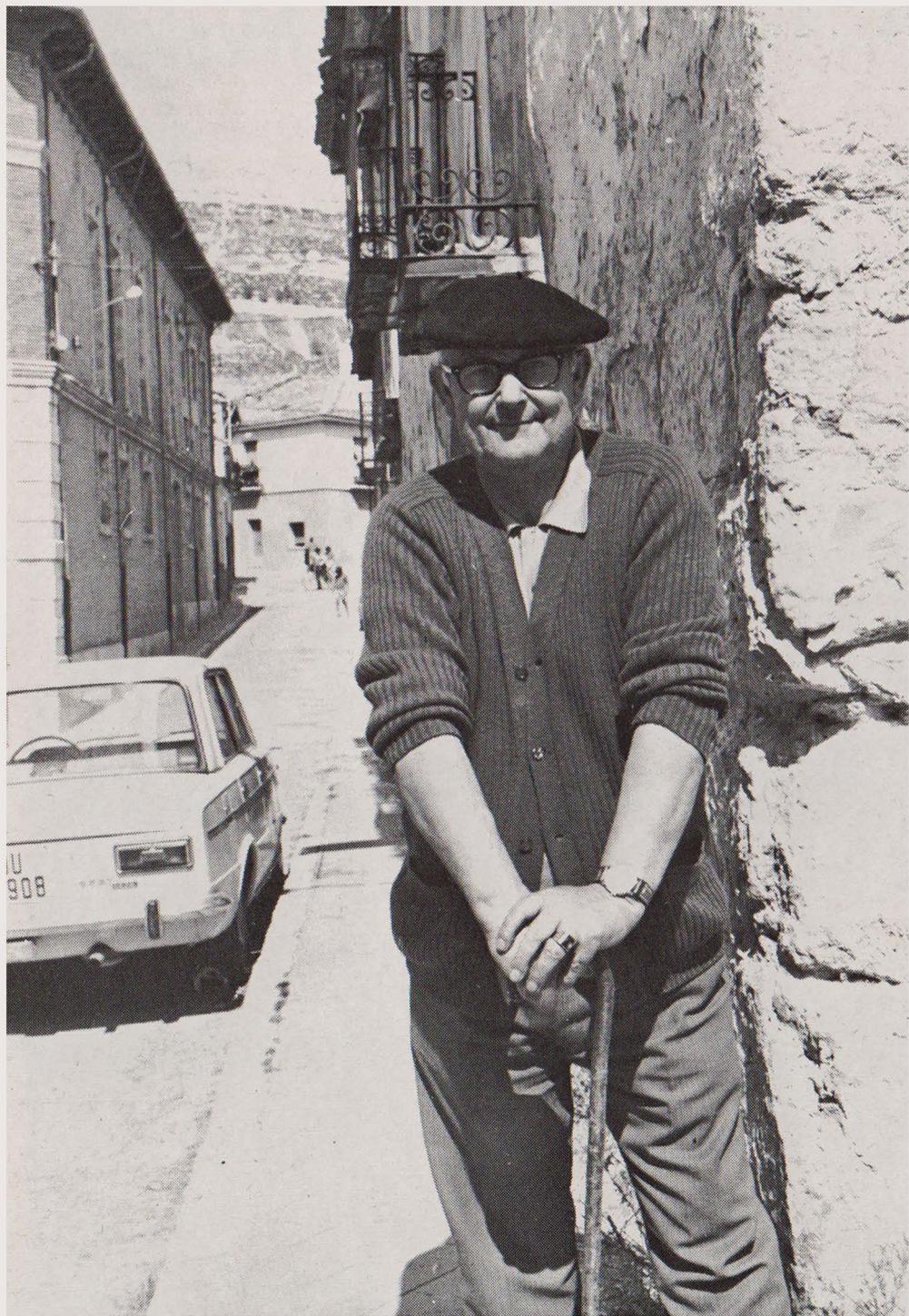
El pobre Nicolás, por las fiestas del pueblo, desfila de arlequín; y así llena las calles de carcajadas y el bar de consumidores.

El pobre Nicolás saca leche de un bolígrafo, embruja las cartas de la baraja y adivina los pensamientos.

El pobre Nicolás asiste siempre al fútbol con un grupo de muchachos que gritan por él.

El pobre Nicolás ya no se decide a salir de Peñafiel, donde tiene casa, familia e historia.

El pobre Nicolás... de pobre no tiene nada.



El Pregonero

Es muy hermoso que le señalen a uno con el dedo y que digan: «Ese es».

(Persio.)

Es el vocalista del pueblo. La música de fondo para su cante siempre está en la calle; él pregona mientras pasa un carro, pita un coche, llora un niño, se insultan dos mujeres o ladra un can.

El Pregonero nunca cambia de música, pero cada día estrena un texto.

Usa siempre la forma impersonal: se vende, se ruega, se hace saber. El no vende, ni ruega, ni enseña nada; él no hace más que dar volumen a la voz de quien le contrata. A veces da la impresión de que ordena y manda, pero siempre es... por orden del señor Alcalde.

Yo he conocido varios pregoneros en Peñafiel. Ninguno tan famoso como Paquenes: bajito, redondo, con voz potente de chantre. Paquenes se apoyaba en un bastón, cerraba los ojos y comenzaba el recital. Según lo que le pagasen era el tono de su canto: a más dinero, más alta la tesitura.

Después de él hubo muchos pregoneros. Como él, ninguno.

El que hoy anda por las calles de la villa tiene menos voz, pero añade texto por su cuenta.

Buena persona el Pregonero, que ahorra al Ayuntamiento el periódico local.



La Mujer de la Estación

Es mejor gastarse que enmohecerse.

(R. Cumberland.)

Ese tren largo que nace en Barcelona y muere en Galicia pasa siempre por Peñafiel. Allí, la máquina bebe agua. Y para los viajeros: «¡Hay pan y vinooo!»

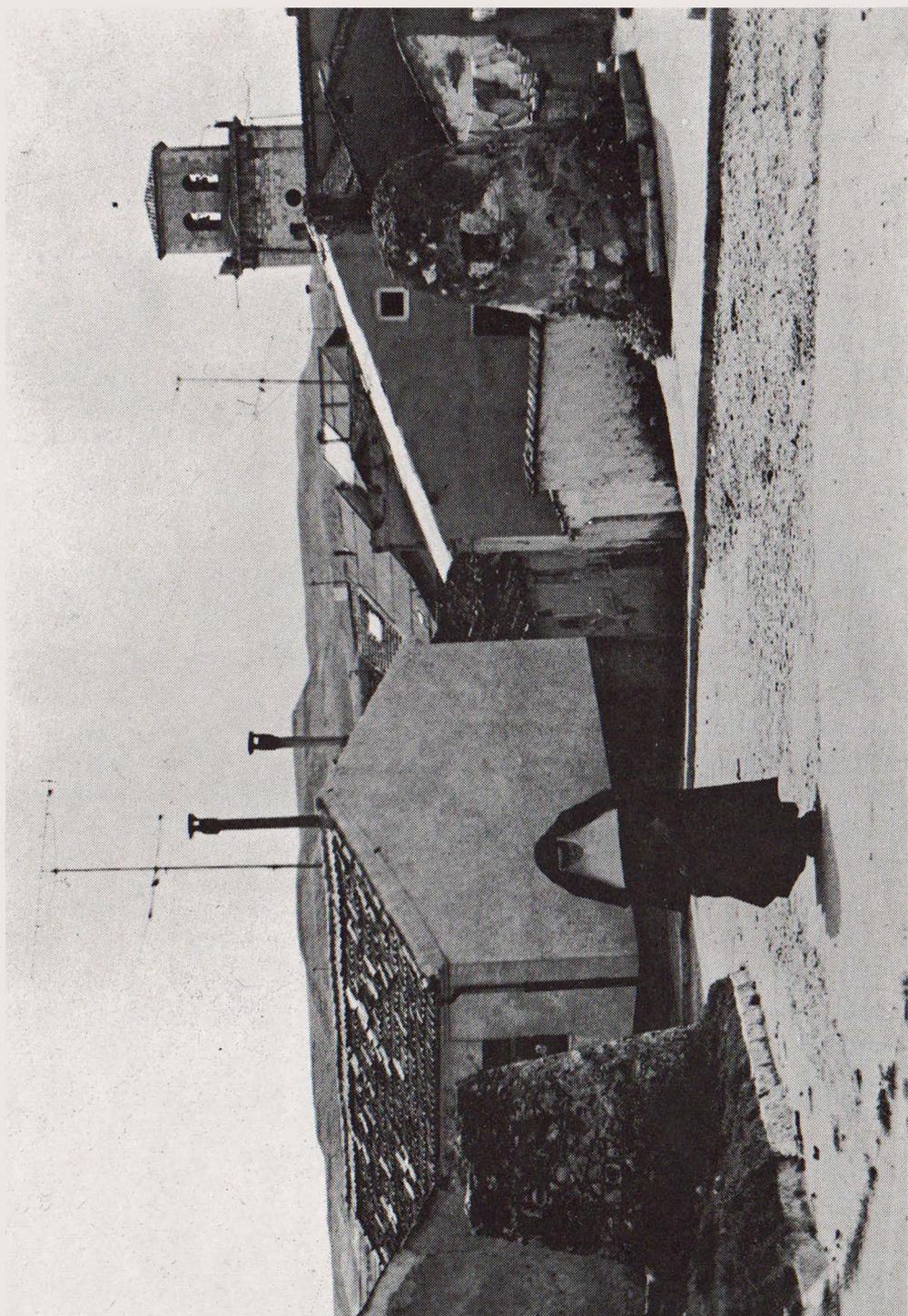
Cuántas veces se lo oí pregonar a voz en grito a la mujer de la estación: una señora menuda, vivarachita. Recorría el andén de punta a cabo, como si fuese a subir a todos los vagones a la vez.

Tenía una voz chillona, a propósito para competir con el silbido del tren.

Merecía la pena aguantar el hambre y la sed hasta Peñafiel, para saciarse aquí de pan blanquísimo y vino tinto generoso. Lo vendía (casi lo regalaba) la mujer de la estación.

Ahora la señora es otra. Y como los españoles tenemos menos hambre y más trato con los americanos, vende pipas y coca-colas.

De cualquier manera, y mientras aquí los trenes vengán sin prisas, cualquier turista puede refrescar en la estación y echar una parrafada con esta buena señora que espera todos los trenes en Peñafiel.



Sor Providencia

El que tiene caridad, siempre tiene algo que dar.

(Tamayo y Baus.)

Todos los días inicia su recorrido cuesta abajo desde el Hospital. En una mano, la bolsa grande, desinflada, como un estómago vacío; en la otra, los granos del rosario que bendicen (y acaso abaraten) la compra.

Ya se ven pocos hábitos y sotanas por la calle. Después habrá que ir a contemplarlos, como ahora los briales y trusos, en los museos. Mientras tanto, luce el suyo muy a gusto la monjita del Hospital que busca cada día, en Peñafiel, el pan para sus pobres.

Aquí las calles son estrechas, como pasarelas de salón de modas. Y cada uno, al andar, deja un reguero de juicios y comentarios a los dos lados. No son hostiles los que levanta la Hermana. Ella hace la compra calladamente; llega al puesto de verduras como por sorpresa. Y se va, ahogando las voces discordantes entre los pliegues de su hábito blando y holgón.

Poco a poco la bolsa de compras se llena y ensancha.

También hoy podrán comer los viejecitos del Hospital, gracias a la caminata de sor Providencia, a su bolsa y su rosario.



Los Magos del Asado

Toda la historia atestigua que la felicidad del hombre —ese pecador hambriento—, desde que Eva comió manzanas, depende con mucho de la comida.

(Lord Byron.)

Llega usted a Peñafiel. Pide la fórmula de preparar asado. Lo apunta todo minuciosamente en su agenda, y vuelve encantado de la vida a su casa. Mata un cordero y lo parte en cuartos; lo pone a asar a fuego lento en una fuente de barro untada de manteca, al rescoldo de unos sarmientos. Y a la hora de comer, usted (hablo por experiencia), que esperaba un delicioso cuarto asado, comerá carne cocida. O un asado de pena.

¿Qué pasó? ¿Que usted no entendió bien? ¿Que los magos carniceros de Peñafiel no se lo dijeron todo? ¿Fue la culpa del cordero? ¿De la cazuela? ¿Del fuego?

Yo le aconsejo que no repita el experimento. Haga usted como esa gente que de toda España llega aquí los jueves a comer asado. Y no pregunte nada; es la de estos carniceros un arte que no se puede aprender. Siempre se es viejo para entender esto. Sobre todo, si no se ha nacido aquí.

* * *

Vendía, en cierta ocasión, en el Rastro madrileño un señor un diamante para cortar cristales. Probó la calidad del producto con sendas demostraciones. El diamante lo compró un espectador. Quien, a los ocho días justos, acudía de nuevo al Rastro, protestando

de la compra hecha y llamando mentiroso al vendedor del diamante:

—¡Eh! Esto no corta nada; usted me ha engañado.

—Tráigalo, por favor.

Y delante del protestón inconformista, el dueño del comercio volvió a cortar vidrio que era un primor.

—Amigo mío —decía, mientras sacaba reglas transparentes de cristal—, yo le vendí a usted este diamante hoy hace ocho días. El diamante, ¿eh?; la mañana, no.

* * *

Tiene algo que ver, a mi juicio, la anécdota con el tema que nos ocupa.

Por eso, coma usted el asado aquí, donde existen incluso carniceros condecorados por el Gobierno.

No se le ocurra pedir la fórmula de asar. No se vende.

Costumbres



Los Quintos

*Eso también lo hicimos nosotros
cuando éramos jóvenes.*

(Juvenal.)

Hay un pueblo en la ciudad de Burgos que se llama Zuzones. Una vez los quintos de aquí pidieron a otro pueblo un conjunto musical. Lo hicieron por escrito. Y terminaba la carta advirtiendo, categóricamente, que ellos eran los mozos de Zuzones. Sólo que el texto, a la letra, decía así: «Semos los mocos de Cucones.»

Esto sucedió hace muchos años; cuando a los quintos únicamente se les exigía, además de dar la talla, fuerza, valor y veintiún años.

Los quintos de ahora saben mucho más. Y estos de Peñafiel, hasta la música tienen en casa. Contratan a un saxo, a un clarinete y un tambor e invaden de pasacalles el pueblo.

Piden limosna los quintos de casa en casa, forma la más adecuada para que todos los vecinos se den cuenta del acontecimiento. La moza que les da limosna queda automáticamente invitada a salir a la calle y bailar con ellos. Y baila.

Recorren las calles durante tres días. Beben mucho, comen poco y no duermen en casa. Nadie tiene derecho a llevarse las manos a la cabeza. Uno puede admirarlos o tenerles compasión; aplaudir cuando pasan o evitar su encuentro. Pero es de justicia respetar sus derechos. Son los quintos.



La Nona

Cualquier pueblo defiende más sus costumbres que sus leyes.

(C. de Montesquieu.)

No se sabe desde cuándo se celebra aquí la Nona. Su fecha: nueve días después de Pascua de Resurrección. Siempre es lunes.

Ese día, por la tarde, la juventud sale de merienda al campo; los viejos prefieren la bodega; está más cerca de casa, y ellos no corren peligro de mojarse con agua.

Al atardecer, los pinares se pueblan de chiquillos; la orilla del río, de familias numerosas. Se ve muchas parejas de enamorados y alguna de la Guardia Civil.

La Nona es una fiesta que jamás debe celebrarse en casa. Está llamando la primavera a gritos al borde de todos los caminos. Hay que comer el pan junto a los trigos verdes; paladear el vino cerca de las vides que pugnan por brotar. Los días ya son más largos. Y en esta fecha, todos cuantos regresan de los campos y pinares estiran la tarde hasta volverla noche.

De vuelta a casa, los bolsos de merienda vienen desinflados; la bota, comprimida y sin resuello; las personas, con ganas de dormir.

Bonita fiesta la Nona; a propósito para llegar ese día a Peñafiel y quedarse a merendar.



Los Conciertos del Domingo

*La música es el único placer sensual
que no es un vicio.*

(S. Johnson.)

Durante el buen tiempo, todos los domingos hay, en la plaza de España de Peñafiel, al mediodía: un montón de gente, un puesto de helados y una banda. La gente escucha y comenta; el heladero vende y calla; los músicos soplan.

Son formidables los músicos de este pueblo. Todos desmesuradamente jóvenes, todos con uniforme azul marino, todos tocando gratis.

Sobre el atril, partituras de Beethoven, Mozart, Albéniz. O la última canción de moda. Y el público aplaude feliz, después de cada pieza.

El concierto de los domingos es aquí como un aperitivo cultural. El director lo sirve en pequeñas proporciones: la marcha militar de Schubert, minué de Boccherini, canción del toreador de G. Bizet. Un poco de cada autor, música de surtido: lo más a propósito para digerir con el vermut.

No todos los pueblos cuentan con el lujo de una plaza que cada domingo se llena de música natural. Este, sí.



Las que juegan a las cartas

Es preciso matar el tiempo. Si bien se considera, ésta es la única ocupación de nuestra vida.

(A. France.)

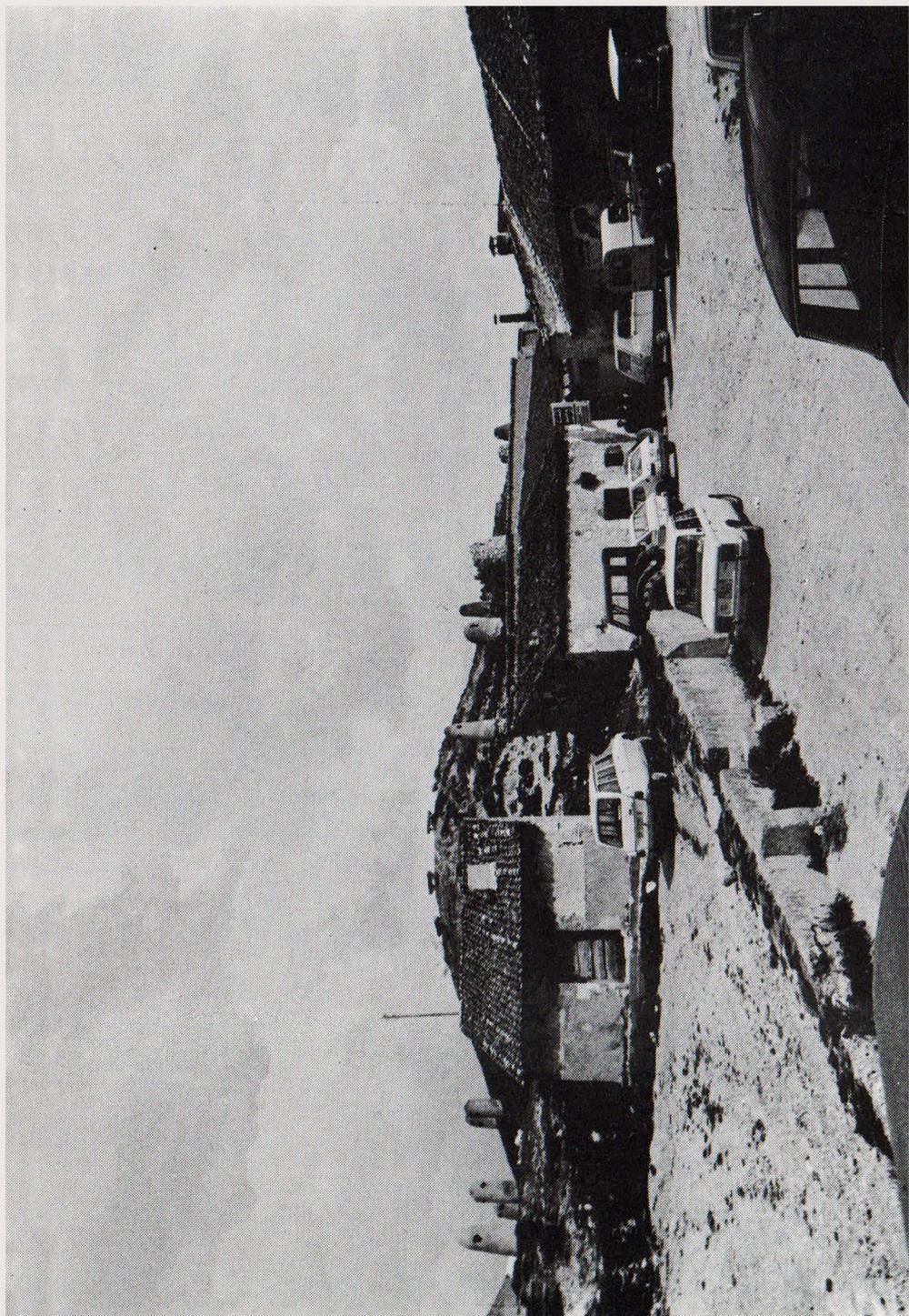
No se trata de una partida en casa o en el bar. Lo típico de algunas mujeres, en Peñafiel, es jugar a la brisca o al tute en la calle.

La estampa resulta original: a media tarde, cuatro o seis mujeres improvisan una mesa redonda; las más viejas se calan los impertinentes.

Cada cual ha de traerse de casa la calderilla y el asiento. Y hay que jugar hasta que no se ve. Sólo con estas condiciones se permite jugar aquí... si a una le dejan sitio.

La ventaja de ser mujeres les permite atender al juego y a todo lo que se mueve en la calle. Un grupo de hombres resultaría más monótono. Ellos están a lo que están; las mujeres, a todo.

Por eso me ha parecido interesante retratarlas aquí.



De guardia en las bodegas

Algunos hombres son como los vasos de cristal sonoro; para que produzcan sus mejores sonidos deben estar mojados.

(S. T. Coleridge.)

Es al caer de la tarde cuando se ven más centinelas: hombres curtidos por todos los aires y negros de sol, defienden la entrada de las bodegas y sacan el vino a la luz.

Es la hora de merendar en Castilla. Huele a pan alrededor de las bodegas. Y los dedos de estos castellanos viejos que viven en la falda del castillo hunden en la hogaza blanquísima el chorizo duro y picante que apresura el trago de vino.

Son parcos en palabras, sobrados de apetito y faltos de ambición. No cambiarían ese zoquete de pan y el jarro de tinto por nada del mundo.

En esas tardes largas de verano, silenciosas y claras de Castilla, la llegada de los labradores frente a la puertecilla de la bodega cobra casi valor de rito. Y es misteriosa la entrada por una puerta insignificante, que se cierra con una llave inmensa.

Típicamente español ese jarro de vino que acaricia el viejo castellano, y la estampa que dibuja la bodega abierta y el galgo que huye. Tanto o más que la guitarra en brazos de un andaluz, junto a unas rejas floridas.

Vengan a verlo.



Los Mercados de los Jueves

El arte del comerciante consiste en llevar una cosa del sitio donde abunda a donde se paga cara.

(R. W. Emerson.)

Los jueves, en Peñafiel, hay mercado. En cualquier rincón se improvisa una venta: frente a Chicopa, junto al antiguo Banco Español de Crédito o al lado de Martín, el zapatero.

Se venden lechugas, melones, botijos, libros. Uno puede comprarse, sin salir de la plaza, las legumbres más baratas y la Biblia de más lujo.

Los vendedores son gente experta: no obligan a nadie a ver sin tocar. Se puede acariciar todo; con lo cual acaba uno perdiendo la libertad y pagando el importe.

El tráfico rodado se entorpece. Los coches, los carros y las bicicletas aminoran la marcha. Adquiere la calle del General Franco un típico color de mercado persa.

Como en la India las vacas, deambulan por aquí los canes, husmeándolo todo; o se tumban a la sombra en la mismísima puerta del Ayuntamiento. Ese día es mercado para todos.

En el mes de septiembre hay un monte de melones junto a la iglesia de Santa María; otro frente al convento de san Pablo. Melones y sandías dulces y jugosos que nacieron en dura tierra de secano.

A veces llegan mercaderes de los pueblos vecinos con una furgoneta llena de rebajas. Pregonan la mercancía por altavoz. Y cuanto más bajos son los precios, más altas dan las voces.

Para las mujeres es difícil pasar por el mercado sin comprar nada. Los hombres salen únicamente a ver. Y... son los que pagan.

Fiestas



La fiesta del Angel

Si la fe no fuera la primera de las virtudes, sería siempre el mayor de los consuelos. Es ambas cosas.

(F. Caballero.)

Es, sobre todo, religiosa. Su fecha: el domingo de Resurrección.

En la plaza del Coso la gente se reúne, hacia las once de la mañana, para presenciar el milagro de la resurrección del Señor.

Confundida con otras muchas mujeres ha venido, vestida de escayola y luto, la Madre de Dios. Por otro camino llega al mismo sitio Jesús Sacramentado. Y en medio del silencio, la devoción y la alegría de todos, aparece en el cielo un globo que se abre encima de la Virgen. De él, y vestido de ángel nerviosillo e inquieto, desciende un niño; suelta dos palomas blanquísimas, arrebatada a la Virgen el crespón negro con que se tocaba, y el ángel asciende con un jubiloso pataleo. Las campanas tañen, locas de alegría. Los músicos interpretan el Himno nacional, porque «el Señor resucitó, alleluia».

Nadie sabe de cuándo data esta ceremonia religiosa. Quizá no es anterior a 1782. Lo que está fuera de duda es que el público, numerorísimo, es consciente de vivir todos los años en ese día un momento de sentido profundamente religioso.

Dios quiera que no desaparezca jamás la fiesta del Angel. Iba a resentirse nuestra fe.



La Virgen y San Roque

No ha menester el pueblo que el Gobierno le divierta, pero sí que lo deje divertirse.

(G. M. de Jovellanos)

Peñafiel está en el centro de Castilla la Vieja. Así lo ha querido la geografía. Pero los habitantes de la noble villa tienen un gusto muy andaluz.

Es éste un rincón castellano de piso inseguro; fácilmente se corre hacia el sur. La gente de Peñafiel goza con el cante jondo, y con las sevillanas y las granáinas, las peteneras, tarantas, tientos y malagueñas. Los de Peñafiel llevan, además, sangre torera en las veñas.

Son aquí las fiestas los días 15 y 16 de agosto; pero también lo es el día antes y algunos después.

Dicen que en Pamplona tiene buen trabajo san Fermín en los días de las célebres corridas. Aquí, donde los toros invaden las calles de madrugada, apretujados por los mozos; donde la tarde torera empieza a las cinco y acaba pasadas las nueve; donde saltan a la plaza tantos improvisados toreros como mozalbetes llenan los tendidos, y donde el novillo se duplica, arremetiendo furioso dentro y fuera de las tablas, ha habido que echar mano de dos protectores celestiales: la Virgen y San Roque.

Simpáticas fiestas las de agosto en Peñafiel. Corre el vino, se llenan de pancartas las calles, cantan y bailan las Peñas juveniles, los policías «juegan» a amagar y no dar, y alguien duerme al sereno, sorprendiéndose a sí mismo al despertar.

Se consumen muchos metros de churros; hay que

comer sopas de ajo en las calles y descansar sobre la marcha.

Un día se lidia un torete por la Peña favorecida con la suerte. Yo he visto este espectáculo una vez. No dudé del valor de los improvisados toreros, pero el toro murió por propia iniciativa.

A Peñafiel no pueden venir toreros de mucho cartel, porque las corridas son gratis.

Pero se recibe con los brazos abiertos a cuantos forasteros pretendan pasarlo bien.





Las calles

Triste cosa es envejecer, pero es el único medio de vivir mucho tiempo.

(Timón de París.)

Como las de Toledo, estas viejas calles pueden mirarse en el río; como las de Sevilla, lucen enredado, flores, y se inundan de sol; como ningunas otras dan la cara a un castillo gótico que vigila, aupado en la montaña, porque de muy antiguo hubo aquí moros en la costa.

Calles de Peñafiel galantes, deferentes con el bello sexo: la de las Damas.

Religiosas las más: del Salvador, de San Lázaro, de Santa Engracia...

Una calle para un orador: la de Vázquez de Mella.

E incluso, como si de una vieja ciudad universitaria se tratase, existe en Peñafiel la calle del Estudio.

En las ordenanzas de Don Juan Manuel, que datan del año 1345, se lee (traducido al castellano de hoy): «Además, para que la villa sea más sana y apuesta, tengo a bien empedrar las calles de la villa...»

Por estas calles hubieron de correrse muchas aventuras. Para tratar de evitar las más graves, recomienda el Infante: «También mandamos que ninguno se atreva a llevar consigo cuchillo largo o espada en esta villa, sino pequeño, con dos palmas de hierro, y cualquiera que lo trajere mayor, que lo pierda, y que se lo quite el alguacil y pague diez maravedises. Y a los que vinieren de fuera, que el huésped o huéspedada se lo hagan saber, y si no, que paguen éstos dicha pena.»

Hoy, por las calles de Peñafiel (y por todas las de España) se trasnocha. E incluso, a veces, se procura hacer más densa la oscuridad eliminando farolas. Algo de esto pasaba hace seis siglos; pero aquellas ordenanzas señalan: «De igual modo ordenamos que nadie, oído el toque de campana, ande de noche sin lumbre, pero si alguno anduviere, que explique cómo va. Y si no, que el alguacil se lo lleve a la cárcel.»

Viejas calles de Peñafiel, holladas, cuando menos, por moros, judíos y portugueses; las que pisó el Cid Campeador; por las que transitaron Doña Urraca, Fernando III el Santo, Alfonso X el Sabio, Don Alvaro de Luna, etc., ¡qué no sabréis vosotras!

Monumentos



San Pablo

El arte es difícil, y fugaz su recompensa.

(F. von Schiller.)

Este convento pertenece a los Padres Pasionistas. Se lo cedió el obispo de Palencia. Y sigue siendo propiedad episcopal.

Antes de ser convento fue palacio. Lo fundó el infante Don Juan Manuel, nieto de Fernando III el Santo, en 1318. La iglesia data de 1324. El infante se la regaló a los Padres Dominicos, y aquí se conservan las reliquias de la madre de santo Domingo de Guzmán, beata Juana de Aza.

En este convento hay parte de una estatua yacente de Don Juan Manuel, biznieto del fundador del convento. Lo que hoy se conserva de la misma formó parte de un túmulo que medía tres metros de largo por dos de ancho y metro y medio de alto.

Eran dos las estatuas yacentes: la de Don Juan Manuel y la de Doña Catalina de Castilla, su esposa. El, vestido de guerrero; ella, de monja dominica. La escultura consigue una rara perfección.

El sepulcro se encontraba (y ahí permanecen los restos) en la capilla del Príncipe. Está declarada monumento nacional, si bien la nación no ha hecho gran cosa por este monumento que amenaza ruina.

La capilla es posterior al convento. Se acabó de construir en 1536, y su estilo es plateresco.

Durante la guerra de la Independencia, el convento de san Pablo se convirtió en cuartel de la guarnición francesa.

Estos soldados, más diestros en las armas que expertos en las artes, con más puntería que inteligencia, destruyeron buena parte del tesoro.

(Se ha dicho que, al final, a la civilización siempre la salva el ejército. Sea. Pero a veces los soldados nos legan una civilización hecha una pena.)

El Castillo

Para ganar aprisa la guerra hay que prepararla despacio.

(Pubilio Siro.)

Mide 150 metros de largo; el torreón tiene 16 de fachada y 34 de altura.

Como castillo-fortaleza, posiblemente sea el más bello de España.

Poseer un pueblo en la Edad Media dos ríos, murallas y un castillo equivalía a ser invencible. De ahí el papel que jugó Peñafiel durante muchos siglos en la historia de Castilla.

Y no poseía uno, sino varios castillos. Ha quedado éste entero y restos de otro que lo fue de Curiel.

El castillo está ahí, luego existe. Pero cómo se hizo, de qué manera se transportaron las piedras hasta la cima del monte, quién fue el arquitecto, quién el señor que lo mandó edificar, lo ignoramos todos.

Se llama de Sancho García y de Don Juan Manuel. Se dice que es el castillo más viejo del pueblo, y se cuenta que el viejo murió, y que éste (el actual) renació de las antiguas ruinas. Afirman unos que tiene los mismos siglos de punta a cabo; aseguran otros que la torre del homenaje es más joven y que envejece más aprisa por las extremidades.

Es un castillo gótico.

Fue una fortaleza inexpugnable.

Ayer espantaba a los intrusos; hoy atrae a los turistas. Por eso le conservan en el pueblo, como convidado de piedra.



Paisajes

Corazón mío, calla tú, que estos grandes árboles son oraciones.

(R. Tagore.)

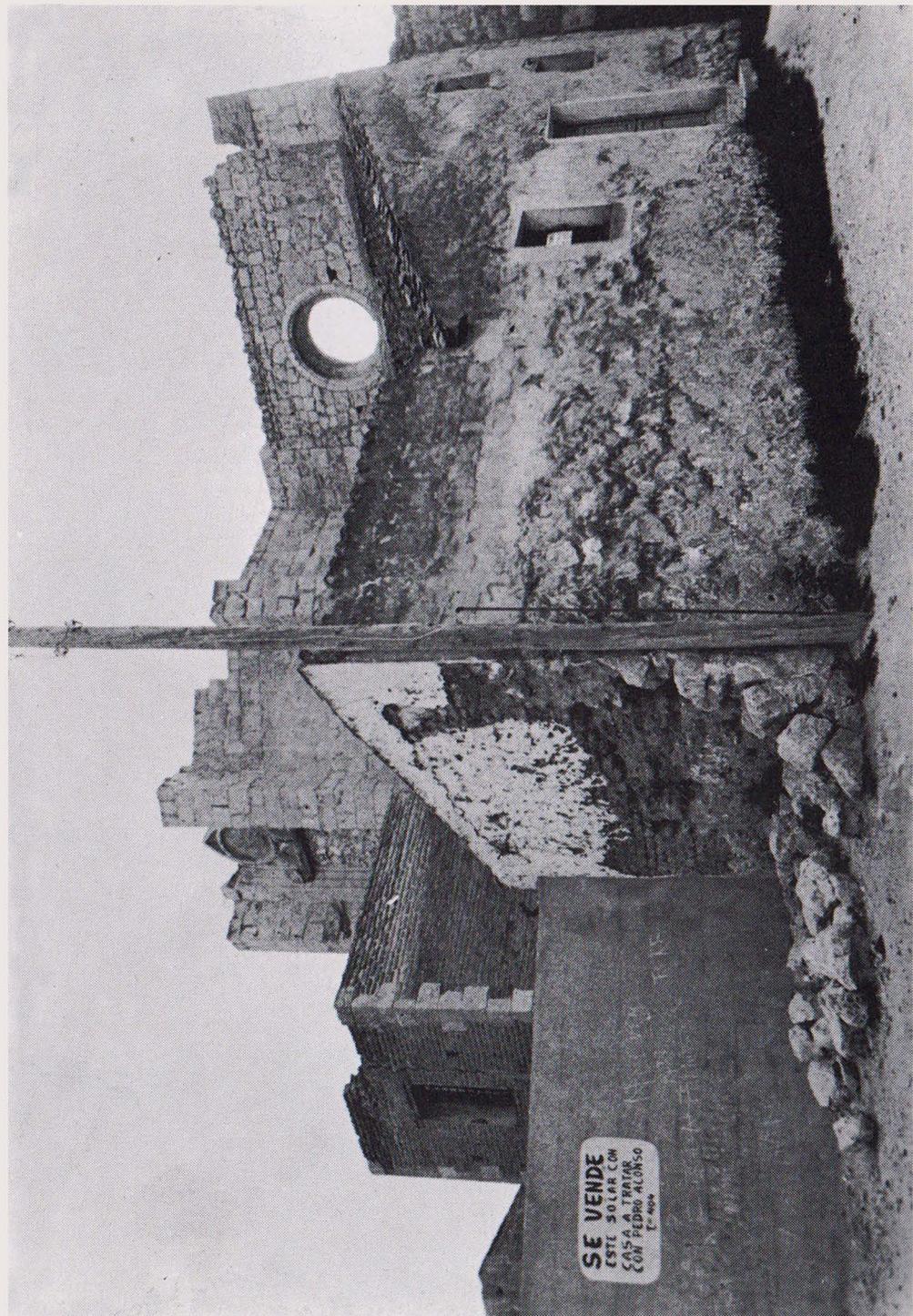
Tiene Peñafiel paisajes de ensueño. No hay más que echarse a andar una tarde de verano por la orilla de ambos ríos. O perderse en el pinar a la caída del sol. O subir a la falda del castillo. O colarse de rondón por la huerta y bosquecillo que poseen los Padres Pasionistas.

A veces, de noche, hay dos cuernos de luna que se quedan encima del torreón del castillo, y produce la estampa una sensación de encantamiento. Puede oírse casi música mora. Y con poco que trabaje la imaginación, la torre del homenaje se puebla de alfanjes y cimitarras.

En el buen tiempo, los peces saltan del agua para ver el paisaje, como si en secreto les predicara desde la orilla un san Francisco invisible. Pero quienes les acechan son los pescadores. Viejos, jóvenes, niños pescadores en fila, para no estorbarse.

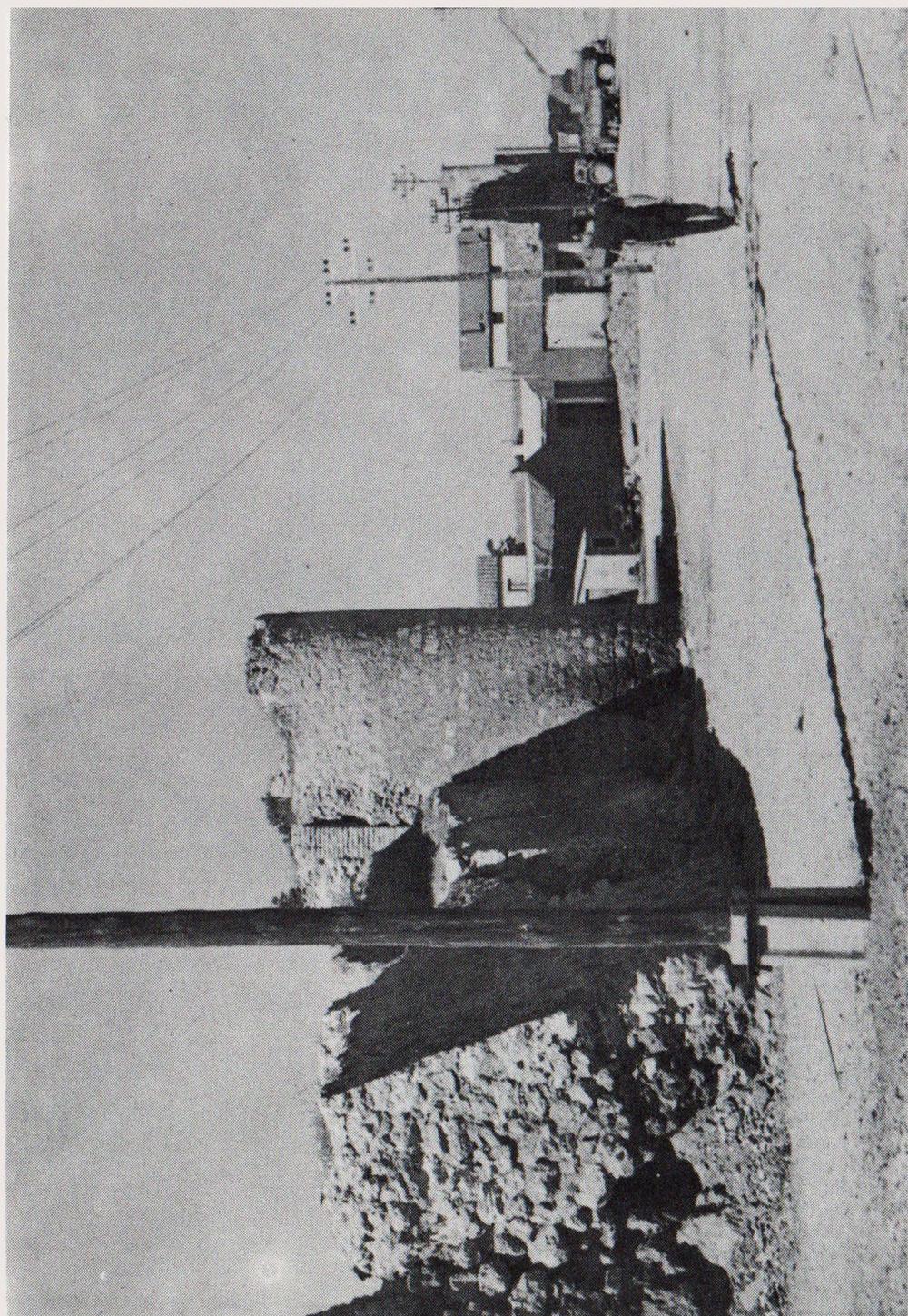
Y hay una hoja de chopo, inservible, que se va hacia el mar; y ramas de sauce que se columpian sobre las olas; y un martín pescador que canta y presume, se baña y atrapa pececillos incautos.

De vez en cuando las aguas se dividen por el peso de una barca, mientras la red siembra el pánico en el fondo del agua. Los bañistas relucen al sol. Y cuando todo se serena, la luna baja, coqueta, a mirarse en el río.



SE VENDE
ESTE SOLAR CON
CASAS A TRATAR
CON PEDRO ALONSO
E-1000

Ruinas



Las Murallas

Bienaventurado aquel que osa defender con todas sus fuerzas aquello que le es caro.

(Ovidio.)

Poco queda de lo que fueron macizas murallas que cercaban Peñafiel. Pero ellas son una prueba de lo difícil que en aquellos tiempos hubo de resultar la ocupación de la villa. Peñafiel era casi inaccesible. Quien se decidiese a ocuparlo habría de salvar un río, unas murallas, y no ser visto desde el castillo.

Una vez probó fortuna el moro Alí por los años 1086: «... vino Alí (dice Pazos) y combatiola reciamente; pero a causa de la briosa resistencia de los de la villa, ayudados de numerosos dispersos de Roa, no pudo conseguir el tomarla. Intentolo en un último combate, asaltando las murallas furiosamente, pero fue rechazado, siendo tan horrible el combate que, según la crónica de que tomamos estos datos, el Duratón se tornó rojo con tanta sangre... Y desde aquella época no volvieron los hijos de Agar a cruzar por la fértil vega de Peñafiel.»

* * *

Porque hoy los pueblos se expanden, no se concentran; porque el mundo no ha de ser estrecho y ajeno, sino ancho y nuestro; los modernos habitantes de aquí han ido dejando que se caigan las murallas.

Puede venir cualquiera a Peñafiel. Incluso, en un cartelito colocado estratégicamente a la entrada de la villa, se da la bienvenida a los visitantes. Son otros

tiempos. Y para que el turista logre hoy saturarse de historia y de arte, no hubo más remedio que construir entonces estas murallas.

San Francisco

Se ignora la fecha de la fundación del convento que fue de san Francisco. Pero hubo de ser de los primeros que se construyeron en España. En él instituyó una manda el infante Don Juan Manuel, en penitencia de su pecado: sacó del convento y mató a un hombre que se había acogido al lugar sagrado. Hay unas notas anónimas que afirman que el infante apuñaló dentro del recinto sagrado al joven mencionado, que era Nuño Velaste. Pero nadie explica por qué lo hizo.

En este convento murió el venerable fray Pedro de Villacreces, maestro y compañero de san Pedro Regalado.

El Salvador

(Réquiem por una iglesia)

El descuido es la perdición de todas las cosas.

(L. Vives.)

Según la Historia, tuvo Peñafiel 18 iglesias. Hoy quedan dos. La desaparición de la última (San Salvador de los Escapulados) es uno de los capítulos más tristes de nuestro relato.

Resulta ingrato para el informador analizar posturas y actitudes cuando las personas, sujetos de las mismas, aún viven. Pero hay un número elevado de peñafilelenses que jamás estarán de acuerdo con la caída de este templo. Peñafilelenses que sólo tienen ya derecho a quejarse. Y en voz baja.

Esta iglesia no cayó, la empujaron. Y aunque amenazaba ruina, su enfermedad no era mortal. Hoy yace insepulta, como si todo el arte e historia que albergó se resistiese a recibir sepultura.

Parece ser que databa de la época de la fundación de esta villa. Dependió exclusivamente del Romano Pontífice. Tenía escudo particular de armas: águila coronada, de alas extendidas, que sujetaba entre sus garras un rótulo: libertad. Ello indica que el templo era de patronato real. Y exento. Todo se vino abajo...

¡Pobre iglesia! ¡Cuánto te va a costar descansar en paz...!



FE DE ERRATAS

Yo, pecador...

confieso haber cometido varios errores al escribir esta historia: faltan en ella muchos nombres propios, y han quedado sin retratar cien lugares.

Sobre todo, aparece este folleto con evidente retraso. No son como digo yo las bodegas, ni existe ya pregonero en Peñafiel, ni pasa por aquí «ese tren largo que nace en Barcelona y muere en Galicia».

Siguen las calles en su sitio, pero tampoco la iglesia de San Salvador yace insepulta.

Por todos estos pecados, y otros muchos, pido perdón. Pero los dejo en su sitio, para vergüenza mía.

Que las buenas gentes de Peñafiel me comprendan, por lo menos, tanto como yo las quiero.

El Autor, desde Alcalá de Henares.

